

» separarme para siempre del país que me dió vida, para que  
 » mi permanencia en Colombia no sea un impedimento á la  
 » felicidad de mis conciudadanos » (abril 27). Esta vez la re-  
 nuncia quedó aceptada. Fué nombrado presidente don Joaquín  
 Mosquera, jefe del partido liberal que le era opuesto. Su re-  
 trato fué despedazado por los liberales. El congreso, empero,  
 le tributó los merecidos homenajes, declarándolo « el primero  
 y mejor ciudadano de Colombia », y le acordó durante su  
 vida una pensión de treinta mil pesos anuales (9 de mayo de  
 1830). — Apenas contaba con medios de subsistencia y no  
 tenía lo suficiente para vivir fuera de su país. Su gran patri-  
 monio se había disipado en el curso de la revolución, sin que  
 él lucrara con los tesoros de que pudo disponer á discre-  
 ción.

El libertador del norte Simón Bolívar, que afirmó la eman-  
 cipación de la América meridional, entró como el libertador  
 del sud, José de San Martín, que había preparado su triunfo,  
 en la región de las sombras del ostracismo, crepúsculo y au-  
 rora de la inmortalidad de los dos.

## CAPÍTULO LI

# EPÍLOGO <sup>(1)</sup>

LOS DOS LIBERTADORES. — LOS DOS OSTRACISMOS. — RESULTADOS  
 FINALES. — JUICIO PÓSTUMO.

### I

La posteridad ha pronunciado su juicio definitivo sobre los  
 dos libertadores de la América meridional, cuya vida pública,  
 envuelta en el movimiento revolucionario de su tiempo,  
 hemos relatado: — SAN MARTÍN Y BOLÍVAR.

Los dos fueron grandes en su medida, los más grandes

---

(1) Habíamos pensado dar mayor desarrollo á la parte del ostracismo  
 de San Martín, sobre el cual tenemos documentos interesantes y nue-  
 vos; pero el espacio nos falta. Impresa esta obra á medida que se escri-  
 bía, tenemos que limitarnos á rasgos generales que sinteticen esta  
 época complementaria. La historia de la vida pública de San Martín y  
 de la emancipación sud-americana, que es lo que constituye el argu-  
 mento del libro, queda completa y gana en unidad lo que pudiera per-  
 der en otro sentido. El ostracismo interesa más á la biografía íntima  
 que á la historia general; más á la curiosidad que á la investigación de  
 las causas y efectos de la revolución sud-americana; su desarrollo mi-  
 nucioso fuera de los rasgos prominentes para caracterizar al héroe en  
 sus últimos días, saldría del plan bajo el cual ha sido concebida y  
 ejecutada esta obra.

hombres que después de Wáshington la América haya producido, dignos de figurar en el panteón universal como colaboradores del progreso humano. Los dos cumplieron su misión redentora en el orden de los hechos, dando el uno la primera señal de la guerra continental, cuyo plan concibió, y terminándola gloriosamente el otro. Sin San Martín en el sud del continente, y sin Bolívar en el norte, no se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación de las fuerzas revolucionarias, que dió el triunfo final, ni cómo el uno sin el otro hubiese podido llenar su tarea libertadora. Los dos erraron, empero, como políticos, y quedaron más abajo de la razón pública y aún de los instintos de las masas que removían, y no pudieron ó no supieron dirigir en sus desarrollos orgánicos la revolución que acaudillaron militarmente. El tiempo que disipa las falsas glorias y acrecienta las verdaderas, ha borrado las sombras que oscurecieron parcialmente en vida estas personalidades típicas, símbolos de una época, que señalan la aparición de un nuevo mundo republicano, que es el fenómeno político más considerable que haya presenciado el siglo XIX. Sus contornos se destacan netamente en el horizonte de la historia, y han merecido ambos la apoteosis de su posteridad, después de alcanzar su centenario, sometidos á la prueba del tiempo en presencia de su obra.

En el gran drama de la revolución hispano-americana, que tiene por teatro un vasto territorio igual á la cuarta parte del globo, que se extiende desde el Cabo de Hornos hasta el golfo de Méjico y sobre ambos océanos, los dos primeros actores, las dos grandes figuras continentales, son las de sus dos libertadores, que partiendo de extremos opuestos, convergen á un punto céntrico movidos por las fuerzas que organizan y dirigen. Su vida y su obra tiene la unidad de la epopeya de la emancipación de un mundo nuevo, con su genialidad, su acción heroica, su carácter trágico, sus desfallecimientos y sus delirios, y coinciden hasta en su melancólica catástrofe.

Roto el destino del uno antes de terminar su obra, y roto el del otro en medio de su apogeo, la revolución sigue su marcha lógica, como en las carreras antiguas, caído el conductor en la arena, el carro triunfador llegaba á la meta, abandonados los corceles á su noble instinto.

Los dos libertadores representaron alternativamente la hegemonía de dos grandes grupos de pueblos que trabajaban en pro de su independencia; pero con diversas tendencias y opuestos objetivos internacionales, aunque con un mismo propósito inmediato.

Tocó á la República Argentina y á Chile, acaudilladas por San Martín, sostener y hacer triunfar la bandera de la insurrección en el sud del continente, y llevar sus armas libertadoras de mar á mar y desde la región templada hasta la línea del Ecuador, juntamente con el Perú. Allí se operó la conjunción de las fuerzas batalladoras de la América del Sud, y allí se abrazaron y se repelieron los dos libertadores. La hegemonía del sud sólo pudo consolidar condicionalmente su propia independencia, dejando incompleta su obra en el Alto y Bajo Perú, aunque contribuyó eficazmente á completar la del norte y hacer posible su dilatación.

Tocó á Colombia, acaudillada por Bolívar, la tarea de hacer triunfar la insurrección en el norte de la América meridional, libertando á Venezuela y Nueva Granada, y á Quito en unión con las armas peruano-argentino-chilenas; afirmar la independencia del Perú y Bolivia, y garantir indirectamente por siempre la de las demás repúblicas de la América del Sud que se habían libertado por sus propios esfuerzos, y mantenido alzada la bandera de la insurrección cuando estaba abatida en todo el resto de la América, incluso Colombia.

La lógica de la historia se cumplió en los dos libertadores, como caudillos de las dos hegemonías que representaban en acción y en conflicto. San Martín cedió el puesto á Bolívar, entregándole los destinos de la revolución sud-americana.

que podía hacer triunfar en las batallas mejor que él. Con su abdicación, dió un alto ejemplo de virtud cívica, pero sobre todo de prudencia y buen sentido, por cuanto era un acto impuesto por el destino á que tuvo la fortaleza de conformarse. Bolívar coronó la obra, y los dos triunfaron en definitiva. San Martín miró sin envidia, que Bolívar, con quien compartía la gloria de libertar la mitad de medio mundo, alcanzase y mereciese la corona del triunfo final, reconociéndose modestamente inferior á él en esfuerzos y hazañas, aunque fuera moral y militarmente más grande, y aun cuando en el orden de los principios elementales correspondía el triunfo póstumo á la hegemonía que representó. La fatalidad los iguala : los dos mueren en el otracismo.

## II

El destino de los emancipadores de acción y pensamiento de la América meridional, es trágico. Los precursores de la revolución en la Paz y Quito, murieron en los cadalsos. Miranda, el gran precursor de la emancipación sud-americana, murió solo y desnudo en un calabozo, entregado á sus enemigos por los suyos. Moreno, el numen de la revolución argentina, que propagó la doctrina de la democracia, murió expatriado en la soledad de los mares. Hidalgo, el caudillo popular de la revolución de Méjico, murió en un patíbulo. Belgrano, el precursor de la independencia argentina, que salvó su revolución en las batallas de Salta y Tucumán, murió en la oscuridad y la miseria, en medio de la guerra civil. O'Higgins, el héroe de Chile, acabó sus días en la proscripción, precedido por Carrera, su rival y su colaborador, á quien la fatalidad arrastró al cadalso en tierra extraña. Itúrbide, el verdadero libertador de Méjico, murió fusilado víc-

tima de su ambición. Carlos Montufar, el jefe de la revolución de Quito, como su compañero Villacencio, promotor de la de Cartagena, fueron ahorcados. Los primeros presidentes de Nueva Granada, que imprimieron carácter á su revolución, Jorge Tadeo Lozano y Camilo Torres, murieron sacrificados por la restauración del terrorismo colonial. Piar, el que dió la base militar de operaciones á la insurrección colombiana, murió ajusticiado por Bolívar á quien enseñara el camino de la victoria final. Rivadavia, el genio civil de la América del Sud, que dió la fórmula de sus instituciones representativas, murió en el destierro. Sucre, el vencedor de Ayacucho, fué asesinado alevosamente por los suyos en un camino desierto. Bolívar y San Martín murieron en el ostracismo. El de San Martín fué acto deliberado de su voluntad, aunque impuesto por su destino. El de Bolívar, aunque pronunciado por él mismo al agotarse sus fuerzas vitales, empezó con su apogeo y terminó con su catástrofe.

Los ostracismos de los dos libertadores participan del carácter de sus acciones en la vida contemporánea, y en la prolongación de su influencia póstuma. El del uno es estoico. El del otro es atormentado.

San Martín, después de ver cerrado por siempre el libro de su destino, que creyó entreabierto por un momento al ser llamado al Perú después de su abdicación, pasó desde Mendoza á Buenos Aires, donde fué recibido por el menosprecio y la indiferencia pública. No tenía patria, esposa ni hogar, y el capitán ilustre de tres repúblicas no tenía donde pasar revista en el ejército argentino. Tomó en sus brazos á su hija huérfana de madre y se dirigió silenciosamente al destierro (fines de 1823). Allí se encontró frente á frente á la miseria. Los fondos con que contaba en Europa para subsistir, confiados á la fidelidad de un amigo, habían sido jugados por éste en la bolsa de Londres. De este modo, sus manos quedaron puras del oro que se había aliado al bronce heroico del libertador.

Cinco años después, sintió la necesidad de respirar el aire de la patria, y regresó á ella con la intención de acabar oscuramente sus días en la tierra natal. La guerra entre el Brasil y la República Argentina, había terminado gloriosamente para ésta. Al llegar á la rada de Buenos Aires, el 12 de febrero de 1829, aniversario de sus gloriosos triunfos de San Lorenzo y Chacabuco, encontró en las puertas de la patria un letrero escrito por manos argentinas, que decía : — « AMBI-  
« GÜEDADES : El general San Martín ha vuelto á su país á los  
» cinco años de ausencia; pero después de haber sabido que  
» se han hecho las paces con el emperador del Brasil » (2). Como se ha dicho, la respuesta de San Martín había sido dada dos mil años antes por la boca de Scipión, insultado por sus compatriotas en el aniversario de una de sus grandes batallas :  
« En un día como éste salvé á Roma. Vamos al templo á dar  
» gracias á los dioses tutelares del Capitolio, para que siem-  
» pre tenga generales que se me parezcan ». Ni dió esta res-  
» puesta, ni mandó gravar sobre su sepulcro : « Ingrata patria,  
» no tendrás mis huesos. » Volvió al eterno destierro, y dió modesta y generosamente su respuesta desde la tumba :  
« Deseo que mi corazón descanse en Buenos Aires. »

## III

Bolívar, despojado del mando supremo, se retiró á inmediaciones de Cartagena, sin conformarse con el poder perdido ni decidirse á abandonar las playas de la patria (3). Allí supo

(2) Véase los periódicos de Buenos Aires : « El Tiempo », núms. 229 y 230 de 11 y 12 de febrero de 1829, y « El Pampero », núm. 21 del 12 de febrero del mismo año.

(3) « Rechazado por sus enemigos y por una gran parte de Colombia,

la muerte de Sucre, que le había escrito dos años antes, que si no se retiraban en tiempo, perderían la cabeza. Estaba moribundo, pero no perdía la esperanza de ser el hombre providencial de Colombia, ya que no había podido serlo de toda la América según sus designios. Había augurado la anarquía, y ella se produjo casi inmediatamente. Él la vió estallar con complacencia, y la alentó indirectamente con su actitud y sus palabras (4). Lo agrió más, una comunicación del presidente Mosquera, su antiguo amigo, notificándole que Venezuela ponía por condición á la paz con Nueva Granada, su alejamiento perpetuo. Entonces exclamó : « ¡No, no me iré deshonrado! »

Los partidarios personales del Libertador, propalaban que solo él podía encadenar las furias de la fuerza armada, y que por esta razón principalmente consideraban necesaria la perpetuación de su influencia. Los hechos parecían darles la razón. Parte de Venezuela y de la Nueva Granada levantó las armas en favor de su dictadura. Quito y Guayaquil siguieron el ejemplo de Venezuela, desligándose de Colombia y formaron un Estado independiente, bajo la denominación de República del Ecuador (mayo 1830). El gobierno de Mosquera fué derribado en Bogotá. La guerra civil se encendió. Los amigos triunfantes en la capital, encabezados por Urdaneta, le llamaron á ponerse de nuevo al frente de la república para

» dejó con repugnancia el mando supremo; y no saliendo de su territorio como había ofrecido y le convenía, añadió nuevo pábulo á las calumnias de sus enemigos ». (Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. IV, pág. 416.)

(4) Son sus amigos y confidentes más leales los que lo dicen. Posada Gutiérrez, que estaba por la continuación de su mando, da al respecto pormenores auténticos, como testigo presencial, en su « Memoria hist. polit. ». Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. IV, pág. 351, dice : « En cuanto á sí mismo, el orgullo personal se lisonjeó con la reacción que principiaba á su favor, y contra sus enemigos, que tan cruelmente habían despedazado su reputación ».

restablecer la unidad colombiana. Envanecido y agriado, tuvo la debilidad de aceptar. « No debo excusarme de contribuir, » contestó á los revolucionarios, en cuanto dependa de mis facultades al restablecimiento del orden, á la reconciliación de los hermanos enemigos, y á recuperar la integridad nacional. » Para lograr tan vastos fines, ofrezco á la patria todos los sacrificios de que soy capaz. Desde luego me pondré en marcha para la capital á reiterar mis protestas solemnes de obedecer las leyes del país y las autoridades legalmente constituidas » (5).

La muerte lo salvó del oprobio de dar pábulo á la guerra intestina de Nueva Granada, y á la guerra de carácter internacional con Venezuela y el Ecuador. Su ambición moribunda connaturalizada con su ser (6), lo llevaba fatalmente, ó á subir de nuevo al poder levantado por las bandas pretorianas que él había hecho prevalecer sobre las instituciones, enajenándose la confianza y la estimación públicas, ó á ser vencido otra vez por las fuerzas morales de la opinión y la acción irresistible de los pueblos por él violentados (7). Agravada su enfermedad, se retiró á Santa Marta, buscando las brisas vivificantes

(5) Ofi. de Bolívar al general Urdaneta, encargado del poder ejecutivo revolucionario, de 18 de setiembre de 1830, en Cartagena. — Véase Montenegro : « Geografía », etc., t. IV, pág. 526 y sig.)

(6) « Bolívar jamás quiso la monarquía, á pesar de que amaba el poder vitalicio y el mando sin estar sujeto á las leyes ». (Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. IV, pág. 416.)

(7) Restrepo en su « Hist. de la Revol. de Colombia », t. IV, pág. 241, dice : « Las autoridades civiles (bajo la administración de Bolívar, de que el mismo historiador Restrepo era ministro) eran nulas y estaban envilecidas á la vista de los pueblos, que deploraban la tiranía y los excesos de los libertadores. Hizose entonces muy popular el dicho de que : *no habria libertad mientras hubiese libertadores*. Éstos, infatuados por un necio orgullo, creían que ellos solos habían dado independencia á la república; en nada estimaban los sacrificios de los pueblos y parece estaban persuadidos que Colombia debía ser patrimonio suyo. » Atribuíanlo en su mayor parte á Bolívar. Perdió, pues, el Libertador el aura popular ».

de la mar. Trasladado á la quinta de San Pedro de Alejandría, á 10 kilómetros de la ciudad, empezó allí su agonía. Sus últimas palabras fueron consignadas por escrito, en una alocución al pueblo de Colombia, dictada por él, que fué leída al tiempo de recibir la eucaristía : — « Mis votos son por la felicidad de mi patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro ». El Libertador que escuchaba la lectura, sentado en una butaca, agregó con voz ronca : « Sí, al sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... pero los perdono ! Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos ». Fueron las últimas palabras acordadas que de él se recuerdan (8). En seguida empezó el delirio precursor de la muerte. Expiró el 17 de diciembre de 1831 á la una de la tarde, á la edad de cuarenta y siete años, cuatro meses y veinte y tres días. Murió con la espada victoriosa de Colombia rota en sus manos, y Santa Marta presenció más tarde su apoteosis póstuma.

## IV

Un año después de expirar Bolívar en Santa Marta, fué atacado San Martín por el cólera, que por aquel tiempo asoló la Europa (octubre de 1832). Vivía en el campo con su hija, y

(8) Generalmente se dan como postreras palabras pronunciadas por Bolívar, las que corresponden al final de su última alocución á los colombianos, antes transcritas. Las que pronunció realmente, fueron las que se consignan en el texto, tomadas de la relación de su muerte, escrita por el médico francés que lo asistió en Santa Marta durante su enfermedad, que fué el Dr. Reverend, y que se registra en « Docs. para la hist. de la vida del Libertador », t. XIV, núm. 4558. — La alocución á que se hace referencia se encuentra en la misma obra, bajo el núm. 4553.